

Groppa, Octavio

*Medición y realidad : reflexiones para una
economía realista*

Revista Cultura Económica Año XXVIII, N° 79, diciembre 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Groppa, O. (2010). Medición y realidad : reflexiones para una economía realista [en línea], *Revista Cultura Económica*, 28(79), 11-21. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/medicion-realidad-reflexiones-economia-realista.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Medición y realidad: reflexiones para una economía realista

OCTAVIO GROPPA

Revista Cultura Económica

Año XXVIII • N° 79

Diciembre 2010: 11-21

I. Introducción: la medición y la economía

En todo ejercicio de medición se ponen en juego desde cuestiones conceptuales y normativas –*qué debemos medir y cómo debemos hacerlo*– hasta prácticas –*qué podemos medir y cómo podemos hacerlo*–. La pregunta por el *deber ser* es establecida por la teoría, de modo que lo que sea medido estará orientado por ella.

Como bien sabemos, la medición es el punto de partida de las ciencias que tratan con objetos simples, es decir, con objetos que no cuentan a la significación como dimensión constitutiva. Por el contrario, en los campos que tratan con seres para los cuales la significación es su rasgo definitorio, la tarea interpretativa es mucho más difícil, pues no puede ser reducida a las reglas lógicas de la matemática.

En este sentido, la economía es “ciudadana de estos dos mundos”, porque si bien es una ciencia social que estudia acciones humanas –los intercambios de bienes– lo hace en tanto mediadas por el dinero. Entonces tenemos una unidad de medida que permite reducir la complejidad expresándola matemáticamente.

El problema fundamental de la medición en economía no es entonces el medio de captura de los datos, ni el instrumento para realizarla, ni la unidad de medida, sino algo mucho más complejo, y es la cuestión de *qué* es lo que debemos medir, aunque la pregunta por la *cosa* a ser medida puede parecer una pérdida de tiempo (si no una ridiculez) para el científico avezado en la aplicación de un determinado método de investigación. Pero en tiempos en que nuestra ciencia parece no encontrar respuestas al problema que se le

presenta, puede ser oportuno volver a hacerse las preguntas más sencillas e ingenuas, esas que han quedado sepultadas por numerosísimas capas de desarrollos teóricos y ejercicios empíricos. Por este motivo haremos un retroceso a las raíces epistemológicas del problema, lo que implica también un retroceso en el tiempo.

Para plantear la cuestión me basaré en los trabajos del jesuita canadiense Bernard Lonergan, filósofo y teólogo, fallecido en 1984, que en su monumental obra *Insight*, desarrolló la estructura fundamental del conocimiento humano de un modo singular.

Como por lo general los conflictos de interpretación pueden ser resueltos reduciéndolos a la teoría del conocimiento, comenzaré por hacer explícita mi interpretación en este campo.¹

II. Marco filosófico del problema: Cómo conocemos la realidad

La base del conocimiento es el acto de entendimiento o intelección. Este acto es un ejercicio que realiza el sujeto mediante el cual correlaciona la información que capta mediante sus sentidos (en un primer momento y, en un estadio más desarrollado, mediante instrumentos que elabora para captar datos allí donde sus sentidos no llegan). El acto de entendimiento se da cuando conformamos en nuestra mente cierta figura a partir de una serie de datos que se presentaban desvinculados o dispersos para nuestra comprensión. De dicha figura surgirá un concepto cuya correspondencia con los datos deberemos verificar. De esa manera constituimos una

unidad significativa que llamamos *cosa*. La repetición de esta operación fundamental sobre objetos cada vez más complejos dará lugar, mediante la progresiva acumulación de intelecciones, a todos nuestros conocimientos, desde las operaciones aritméticas básicas, hasta la construcción de complejas teorías científicas (Lonergan 1957, 1971). Se sigue también de aquí que la comprensión de la *cosa* es siempre un proceso asintótico que va enriqueciéndose paulatinamente con nuevos descubrimientos y variadas perspectivas.

Con esto hemos dado, quizá sin advertirlo, un verdadero giro copernicano en la comprensión de la realidad. Porque estamos acostumbrados a pensar, siguiendo a Kant, que lo que podemos conocer son sólo fenómenos. La “realidad” pareciera ser algo incognoscible, si es que existe como tal. Pero esta concepción supone que el ente es algo que está “ya allá fuera aquí y ahora”. Es decir, algo constituido de antemano, independiente del sujeto que conoce y constituye significados y con simultaneidad temporal y espacial (porque está allá fuera). Este abismo establecido entre sujeto y objeto es consecuencia de una interpretación del conocimiento bajo el modo del ver, que Lonergan denominó *conceptualismo* (de manera más imprecisa, Heidegger lo había llamado “ontoteología”), pues supone que el conocimiento se trata de captar o “construir” conceptos o “esencias”, y no de un proceso inteligente que va verificando la adecuación de los conceptos a los datos. Frente a esta comprensión, sostendremos que la realidad es el correlato intencional del juicio correcto. ¿Y cuál es el criterio del juicio correcto?, se preguntará. Y la respuesta es que el único criterio con que contamos es la autenticidad que nos lleva a formularnos todas las preguntas pertinentes. En otras palabras, conocemos la realidad de modo *objetivo* cuando ya no quedan preguntas por responder. Ello nos obliga a ser prudentes en las afirmaciones no suficientemente probadas, pero también nos ofrece un criterio realista del conocimiento, que soluciona las aporías del relativismo y del fundacionalismo del idealismo trascendental. Pero no sólo eso: la fortaleza de este “mecanismo” es que es autocorrectivo, lo cual implica que, en su tendencia de largo plazo –y aunque parezca presuntuosa la afirmación– es infalible. Es

decir, no puede extraviarse para siempre por la sencilla razón de que, porque comprendemos, somos capaces también de darnos cuenta cuando nos hemos equivocado. Como esta gnoseología acepta la existencia de una realidad, decimos que es realista. Como no comprende el conocimiento de la realidad de modo ingenuo, extrovertido, sino que reconoce el problema crítico planteado por la modernidad, a saber, de la mediación de la realidad en la estructura del conocimiento humano, se trata de un realismo crítico.

Pero pasemos al método que, a la sazón, surge de la propia estructura de nuestra conciencia intencional, que recibe datos, los entiende, y juzga mediante el acto de verificación si lo entendido se corresponde con los datos o no; en otras palabras, si su conocimiento es verdadero, o no. Para comprender la dialéctica que se da en este campo es ilustrativo analizar la cuestión desde el punto de vista genético.

1. La ciencia moderna y la apoteosis de la matemática

El nacimiento de la ciencia moderna significó, ante todo, un cambio operado en el método de conocimiento. Con la experimentación, la ciencia dejó de apoyarse en la metafísica y devino empírica. El desarrollo de la estadística permitió conocer una estructura de la realidad que era inadmisibile para un pensamiento total que la concebía sin vacíos ni porosidad. La metafísica clásica proveía un marco integrador del saber, pero, al estar asentada en una actitud de extroversión, suponía una comprensión fixista de la realidad, incapaz de integrar el dinamismo de la historia. Esta interpretación que asumía como dados y fijos los datos de lo que consideraba realidad –las “esencias” que se correspondían con los conceptos derivados deductivamente de las categorías metafísicas básicas– adolecía de una triple ingenuidad: gnoseológica, psicológica y política. La primera consistía en identificar los propios conceptos con la realidad; la segunda consistía en confiar en la transparencia de la conciencia para reflejar el mundo como un espejo; y la tercera, en desconocer los condicionamientos sociales y culturales de la propia comprensión. Autores como Hume, Kant, Marx y Freud plantearon

las críticas fundamentales a este pensamiento clasicista. De la crítica del conocimiento devino una nueva epistemología que puso nuevos fundamentos para la ciencia empírica. La metafísica fue desalojada del lugar de privilegio que tenía en filosofía, y ésta redujo su campo a la epistemología.

Aún sin someter a profundo análisis los severos límites que el propio empirismo tiene en cuanto fundamentación del conocimiento, es posible afirmar, simplificando un poco, que al liberar a la ciencia de la tutela metafísica, dicho pensamiento abrió el espacio a la investigación. Si antes lo fundamental eran las categorías metafísicas a partir de las cuales se deducía todo conocimiento, ahora el puntapié del conocimiento lo tenía la investigación, experimentación y recolección de datos. Entonces la matemática se convirtió en la herramienta fundamental, sobre todo a partir de que Newton concibió de modo genial, la unificación de las teorías de Kepler y Galileo, expresándola matemáticamente. Admirado por los aportes de Hume y Newton (aunque corrigiendo al primero), Kant elaborará su fundamentación del ideal científico tomando como modelo de ciencia el juicio sintético *a priori*, tal como se da, justamente, en la matemática, donde las conclusiones son necesarias y no se precisa la experiencia para probarlas.

A mi entender, aquí se encuentra la raíz del prejuicio todavía hoy existente entre muchos científicos –previamente llevado a la exasperación por el positivismo y el Círculo de Viena– que asocia conocimiento con matemática. La matemática es una herramienta sumamente útil para reducir el comportamiento de objetos simples a sus estructuras lógicas fundamentales, de manera de poder comprender sus correlaciones y evolución temporal de modo más riguroso. Pero si el uso de esta herramienta nos obliga al rigor lógico, sin embargo no garantiza como tal la objetividad del conocimiento, porque la objetividad no está dada por las relaciones lógicas, sino por el despliegue de la subjetividad auténtica que va formulando todas las preguntas pertinentes. En efecto, podemos también describir matemáticamente la relación de ciertos objetos con nosotros, pero de ello no se seguirán conclusiones apodícticas. El problema de la objetividad,

entonces, no está garantizado por la utilización del lenguaje matemático, sino sólo en tanto y en cuanto se alcance una definición de los objetos reales a partir de sus relaciones mutuas. Profundizaremos un poco esta cuestión.

2. Investigación estadística e investigación clásica

En este marco, la economía, como todas las otras ciencias, nació recolectando información, correlacionando esos datos, verificando las conclusiones extraídas y construyendo teorías sobre esas bases. Pero existen dos tipos de investigación que dan lugar a dos modalidades de la ciencia. La investigación estadística captura datos, los correlaciona, establece hipótesis, las verifica y extrae conclusiones para construir teorías. Es el lento trabajo de ir acumulando pequeñas evidencias y sistematizando datos cuyo orden inmanente no es evidente. “[L]as conclusiones estadísticas se refieren a agregados de eventos, como las secuencias de ocasiones en que se lanza una moneda o se juega a los dados, las secuencias de situaciones creadas por la movilidad de las moléculas de un gas, las secuencias de generaciones en que los niños nacen, los jóvenes se casan y los viejos se mueren” (Lonergan 1957: 91). La investigación clásica, en cambio, pretende dar cuenta de la estructura de comportamiento de todos los casos; no sólo de un porcentaje, por alto que sea, porque busca dar una explicación de eventos o estructuras sistemáticas. La investigación estadística indaga la frecuencia de aparición de determinados eventos, desdeña los resultados raros. En relación con ella, la investigación clásica se sitúa en otro plano, más general y abstracto, para dar cuenta de estructuras subyacentes incluso a los eventos aleatorios.

La tarea inicial de la investigación estadística se da en relación con nosotros. Es mediante imágenes y conceptos formados a partir de nuestra experiencia que pensamos las cosas en un primer momento. La investigación de tipo clásico, por su parte, descubre relaciones entre términos objetivos. Por ejemplo, cuando decimos “hace frío” establecemos una relación entre un evento –el clima– y nuestra sensación. En cambio, si decimos “la temperatura es de 5° C”, entonces estamos estableciendo una

relación entre el ambiente y la dilatación del mercurio en un tubo vacío con cierta secuencia de marcas que denominamos grados. Todavía más, podemos tomar la definición de Boltzmann y Maxwell, quienes desde la mecánica newtoniana explicaron la temperatura como la energía cinética promedio de las moléculas de un gas en un recipiente, y proceder a medirla. Es interesante advertir la relación que se da entre estos dos niveles. La temperatura, lo mismo que la presión, no puede predicarse de las moléculas, pues es una propiedad emergente que aparece en el mundo macroscópico, es decir, en *nuestro* mundo. En tanto característica de un agregado, es una esperanza estadística. Sin embargo, en un plano más fundamental, teórico, la mecánica puede explicar las leyes a las que obedece el comportamiento molecular, el cual se da en el conjunto de forma estocástica. El pasaje que se da desde el sentido común a la comprensión teórica implica un cambio de nivel. A la jerarquía de la realidad debe corresponder una jerarquía de los planos de conocimiento.

Ambos tipos de investigación tienen una forma diferente de generalización. La estadística generaliza en promedio; pero la generalización de la investigación clásica es absoluta. La ciencia de tipo clásico busca estructuras invariantes (leyes), por lo que se sitúa, necesariamente, en un punto de vista superior o más general respecto de la estadística. Así podemos ver que cuando Galileo sube a la torre de Pisa para realizar sus experimentos, lo que hace es investigación estadística, pero cuando reúne sus datos y los correlaciona, extrae una ley general, la de caída de los cuerpos, que es una ley de tipo clásico.²

De esta manera, la combinación de datos y conclusiones que operan como punto de partida de nuevas preguntas va dando lugar a niveles de comprensión sucesivamente más generales. Por eso después de Galileo, pudo unificar Newton las leyes del movimiento de los cuerpos y los cálculos astronómicos de Kepler a partir del mismo principio de gravitación universal. Todavía más, Einstein saltó a un nivel aún más general cuando elaboró la teoría de la relatividad general, dejando a la mecánica newtoniana como el caso particular de comportamiento de un sistema bajo aceleración gravitatoria.

Pero entonces vale preguntarse, ¿cuál de estos dos tipos de investigación es el fundamental? Queda claro que ambos son necesarios y complementarios. La respuesta es que, desde el punto de vista genético, es decir, de la evolución de nuestro conocimiento, la investigación estadística se da primero. Ello se sigue de la propia estructura de nuestro conocimiento, que toma datos del entorno por medio de la sensibilidad. Pero si lo que buscamos es el conocimiento más preciso de la realidad, en el sentido de poder sortear los límites con que se encuentra el sentido común, entonces el elemento fundamental es la elaboración teórica de tipo clásico. Alcanzamos allí el momento de la *explicación* de la realidad, es decir, de la comprensión de la relación entre términos dados y objetivos, más allá de la mera *descripción* que establece la relación entre objetos y nosotros.

III. Aplicación a la economía: ¿Debe la economía estar fundada en análisis microeconómicos?

Es posible ver ya aquí la analogía que puede trazarse con la economía. Estamos acostumbrados a escuchar que la dimensión fundamental en nuestra ciencia es la microeconomía. La misma definición de economía dada por Robbins ([1932] 1944) que se enseña en los cursos introductorios en nuestras facultades –“ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación”– está determinada desde este presupuesto. Esta afirmación es sostenida y compartida tanto por el “individualismo metodológico” planteado tanto por la escuela austríaca cuanto por la escuela neoclásica. Con especial énfasis desde la crítica de Lucas (1976), que argumentaba contra la utilización de modelos econométricos basados en la historia para fundamentar cambios en la política económica sin considerar la eventual adaptación al nuevo contexto de parte de los agentes en el plano microeconómico, un análisis económico puede tomarse como serio si parte de algún mecanismo de optimización microeconómica. Más aún: como se supone que la macroeconomía no es sino la sumatoria de la micro, la distinción de ambos campos

es simplemente absurda. Desde ya que todas estas herramientas –de las cuales parten multitud de otras, desde los desarrollos en teoría de los juegos hasta los análisis recientes de economía computacional– son de enorme valor. Sin embargo, debemos considerar que quizá éste no sea el final de la historia ni que hayamos agotado en este nivel las posibilidades en nuestra ciencia, pues cabe una serie de preguntas, como ser, ¿puede, en primer lugar, una noción menos diferenciada ser más explicativa que una más diferenciada? En segundo lugar, ¿no se está cayendo de nuevo en la ingenuidad política, esa que fue desenmascarada por Marx al demostrar que toda afirmación o intención está situada políticamente en el contexto social y que, por tanto, no puede darse por sentada su transparencia y autenticidad? Finalmente, al no reconocer a la macroeconomía como nivel diferenciado y emergente a partir de los comportamientos microeconómicos de los agentes, no está la teoría neoclásica abjurando de la capacidad integradora de nuestra inteligencia? ¿No se manifiesta un rasgo decididamente ideológico en aquella negación?

Lo que se hace necesario en economía es alcanzar ese punto de vista superior que alcanzó la física con Einstein. Pero ello no se logrará sin superar el conceptualismo que considera los objetos bajo el modo del ver, como algo que está “ya allá fuera, aquí y ahora”, tal como hace la gnoseología ingenua, precrítica, que surge de nuestro sentido común de manera espontánea. Ahora bien, es altamente probable que el logro de este punto de vista superior que establece relaciones sistemáticas entre términos nos obligue a alterar la definición del mismo *objeto* económico, afectando concomitantemente a la captación de la información requerida. Para desarrollar la teoría especial de la relatividad, fue preciso negar el principio de acción a distancia, clave en la física newtoniana, y ello obligó a Einstein a elaborar una teoría general que explicara el movimiento relativo bajo cualesquiera condiciones inerciales. Entonces, el espacio dejó de ser el ámbito vacío que imaginaba la modernidad y que supuestamente llenábamos con cuerpos (intencionadamente me abstengo de usar aquí la palabra *cosa*), el tiempo dejó de ser el transcurrir continuo y homogéneo

medido por el *tic-tac* del reloj, y ambas “cosas” resultaron ser una sola –el espaciotiempo–, dimensión que nos es imposible captar de manera intuitiva, pues en nuestra experiencia corriente (en la que nuestro mundo y nosotros estamos situados en un mismo sistema inercial) las diferencias de tiempo provocadas por los pequeños cambios de velocidad en nuestros desplazamientos son despreciables, de modo que hemos desarrollado sentidos diferenciados para el espacio y el tiempo (la vista y el oído), con lo que en nuestra imaginación separamos en dos dimensiones lo que *en realidad* (y esto lo sabemos, de nuevo, gracias al salto teórico dado por Einstein) no es sino una sola.

1. Problemas en la medición I: las fallas teóricas del paradigma neoclásico

El paradigma neoclásico es y ha sido objeto de críticas desde distintos frentes. Muchos postulados o axiomas subyacentes a la teoría económica han sido fuertemente objetados. Ello implica que la medición en economía parte de supuestos microeconómicos sumamente débiles. La cuestión no es nueva: tal tipo de reticencia puede rastrearse a lo largo del todo el siglo pasado. Últimamente Tversky y Kahneman (1986) lo hicieron desde la psicología, al mostrar las limitaciones de la racionalidad, lo cual establece un severo desafío al supuesto de la elección racional de los agentes en la teoría del consumidor. Sen (1999) criticó asimismo al conductismo subyacente al utilitarismo y ha mostrado cabalmente las insuficiencias de las mediciones de bienestar que parten de esas bases. Stiglitz y Weiss (1981) han señalado los límites de los ejercicios de optimización que no tienen en cuenta las asimetrías de información. Como éstos podríamos continuar con un elenco de casos que señalan los límites del paradigma neoclásico, donde deberíamos incluir a la escuela institucionalista (D. North), a la sociología económica (Etzioni), a la economía de los recursos naturales, entre otras corrientes.

Sin embargo, ninguna de estas posiciones ha alcanzado aún a conformar un cuerpo teórico con la consistencia interna que detenta nuestra insuficiente teoría vigente. No contamos aún con un nuevo *paradigma*. Como consecuencia, nuestras mediciones se

fundan en bases débiles desde un punto de vista epistemológico, lo cual constituye un serio problema.

2. Problemas en la medición II: dificultades prácticas en la verificación de los modelos

Estas insuficiencias se revelan asimismo en el plano práctico de la investigación académica, cuando la vinculación entre los datos recolectados y los modelos explicativos no es directa. A menudo damos con modelos teóricos bien planteados que son contrastados empíricamente mediante variables observadas *proxy* bastante alejadas de la realidad que se pretende modelizar (Hoover 2001). De allí se extraen conclusiones que, como mínimo, deberían tomarse con suma prudencia. De nuevo, el problema de fondo aquí es hasta qué punto el *modelo* sirve para explicar la *realidad*. Pero si partimos de una epistemología no realista resulta que entre ambos (modelo y realidad) se da un hiato insalvable, y el modelo sólo puede aspirar ya no a representar la realidad, sino tan sólo a ofrecer ciertas generalizaciones empíricas o *stylized facts*. Obviamente, estas generalizaciones siempre son parciales, pues se carece de una comprensión del *todo*, que es precisamente lo característico de una comprensión realista. Esto no sería en modo alguno problemático si de las conclusiones de este tipo de trabajos no se tomaran decisiones *reales*. Por otra parte, es fácil encontrar trabajos que sostienen determinadas conclusiones con base en una serie de datos recabados o contruidos *ad hoc* y otros que, a partir de diferentes datos o distinto marco teórico, alcanzan las conclusiones exactamente opuestas. Entonces, la tarea de discernimiento, supuesta la rectitud en la construcción o recabado de los datos, debería consistir en reducir ambas posiciones a sus teorías de conocimiento fundamentales, de manera de poder reconocer –en el mejor de los casos– cuál posición es correcta y cuál no lo es.

3. El análisis macroeconómico de la circulación

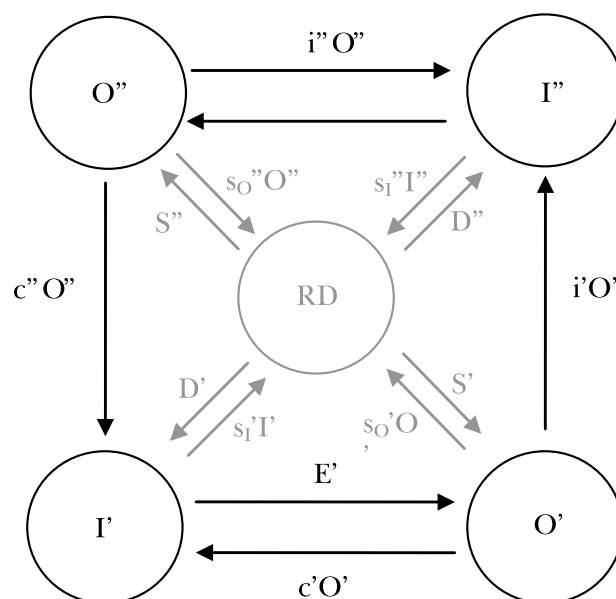
Una aproximación que constituye el punto de vista superior señalado en economía fue elaborada por Lonergan. Este autor desarrolló una mecánica de la circulación de los flujos monetarios a nivel macroeconómico. Esta mecánica es invariante y objetiva, en el sentido de que no depende de categorías analíticas que dicen relación a nosotros (como ocurre en la teoría neoclásica del consumidor), sino que son definidas por sus relaciones mutuas.³ La objetividad, por tanto, está definida no en referencia a la cosa en sí (como se da cuando procuramos medir la utilidad o la felicidad mediante alguna medida cardinal), sino en referencia a un orden o sistema de *relaciones* entre términos, de manera que éstos quedan definidos por las relaciones, y las relaciones a partir de los términos (lo que constituye una definición implícita en el sentido de Hilbert-Lonergan [1957] 1992). A continuación se ofrece una presentación sintética de los trazos fundamentales de este planteo.

Lo que pretende alcanzar Lonergan es la estructura general e invariante de la dinámica macroeconómica. Para ello estudia el mecanismo de pagos a nivel agregado. Por definición quedan fuera del análisis de la circulación todas las operaciones que no son realizadas mediante contraprestación de dinero. Si lo que se busca es estudiar es el mecanismo de distribución del dinero, preguntas como “cuál es el valor del trabajo realizado en el hogar”, son sencillamente carentes de sentido, pues nos llevarían a suponer cierta noción de valor objetivo no definido en un intercambio económico.

Como la economía es el conjunto de actividades realizadas para mejorar la calidad de vida, su término objetivo se encuentra en el consumo. De aquí que Lonergan parta de distinguir en primer lugar los pagos realizados para consumo de bienes y servicios finales, de los pagos realizados como inversión. La idea en sí no es novedosa, pues puede rastrearse por lo menos desde la distinción que hacían los fisiócratas entre actividades productivas e improductivas. Lo original de su planteo fue haber desarrollado de manera sistemática una idea ya presente en K. Menger (1892) respecto de la existencia de diferentes estadios o niveles

de la producción. Está el nivel del consumo de los bienes finales, pero también el nivel de la producción de máquinas que producen esos bienes de consumo. Dentro de aquél, a su vez, pueden reconocerse también diversos grados (como se da entre la producción de acero y la de máquinas para la producción hechas con ese acero). Lonergan vinculó ambos niveles como acelerador y objeto acelerado, valiéndose de sus conocimientos de física de fluidos. Así, la producción de bienes de producción acelera la producción de bienes de consumo, los que constituyen el estadio final del proceso económico. El análisis de la circulación económica consiste en estudiar los flujos monetarios –pagos, cobros, actos redistributivos– entre las diversas funciones económicas. Las operaciones de compraventa de cada uno de estos tipos de bienes constituyen circuitos diferentes –porque sus funciones son distintas– que en el estado actual de nuestra contabilidad no son adecuadamente diferenciados.⁴

Es posible entonces reconocer las diferentes relaciones económicas distinguiendo los tipos de pagos. Si existen dos tipos de bienes, de consumo y de producción, y en la operación de intercambio existen dos términos, un oferente que recibe dinero y un demandante que lo da, entonces existen dos circuitos de pagos, cada uno con su función de ingresos y de desembolsos que constituyen los términos de la relación. Lonergan llamó "circuito básico" a aquel en el cual se compran y venden productos y servicios de consumo final, y "circuito excedente" a aquel en el cual se compran y venden productos y servicios para producir bienes. El siguiente diagrama (Lonergan 1998, 1999, McShane 1998, Anderson y McShane 2005) lo expresa con mayor claridad. Señaladas con prima (') están las variables correspondientes al circuito básico, y con doble prima (") las del circuito excedente. Las flechas expresan flujos, mientras que los círculos representan variables de acumulación o *stocks*. En rigor, éstas últimas significan los montos de dinero que pasan por una determinada función (de pago o de ingreso, básico o excedente) en un período determinado. La circulación del dinero, como la de la sangre, no se detiene de modo permanente, salvo que el sistema se destruya.



Prescindamos aquí de la región central del diagrama (grisados), que nos llevaría a profundizar en los pagos redistributivos de la aproximación de Lonergan y al enfoque de economía abierta.⁵ Encontramos graficados entonces distintos tipos de pagos:

E' indica los gastos de consumo (*expenditures*) realizados desde la función de demanda básica (*income*, I') hacia la función de desembolsos u oferta básica (*outlays*, O'); si la variable lleva doble prima expresa los gastos análogos del circuito excedente;

$c'O'$ indica los pagos realizados en la producción de bienes y servicios básicos (típicamente, salarios) que serán destinados al consumo, en tanto que $c''O''$ son los pagos realizados durante la producción de bienes de producción que se destinan al consumo (salarios pagados en el proceso de elaboración de dichos bienes, o bien porción de los dividendos destinada al consumo, etc.); nótese que $c' + c''$ es la propensión a consumir keynesiana;

$i'O'$ son los desembolsos destinados a la demanda de bienes de producción provenientes del circuito básico (inversiones, reposición de maquinaria, etc.), y $i''O''$ indica lo propio para el circuito excedente.

Por definición no pueden existir pagos que vayan de la función de demanda básica (I') a la de oferta excedente (O''), ni de la función de demanda excedente (I'') a la oferta básica (O'). Los flujos $c''O''$ y $i'O'$ son entonces los puentes o cruces que comunican los dos circuitos, de

modo que una economía estará en estado estacionario si dichos flujos son equivalentes. En cambio, $c''O' < i'O'$ significará que está teniendo lugar un proceso de inversión que requiere que el circuito excedente absorba recursos del circuito básico o, en otras palabras, que se genere ahorro para financiarlo. Ahora bien, como para aumentar el ahorro agregado debe incrementarse el ingreso de los hogares con baja propensión al consumo, entonces un proceso de inversión generará una presión inequitativa en la distribución del ingreso. Ésta es la verdad fundamental, expresada en términos teóricos, de la hipótesis de Kuznets (1955).

De aquí surge otra consecuencia importante, y es que cuando un proceso de inversión alcanza su madurez, de manera que la rentabilidad marginal va decreciendo como consecuencia de la satisfacción progresiva de la demanda potencial, es preciso que se dé un cambio en la distribución del ingreso de la economía y que el proceso de inversión anterior de lugar a un incremento del consumo, de manera que la sociedad pueda disfrutar del producto de los esfuerzos realizados.⁶ Entonces $c''O' > i'O'$, el circuito básico drena ahora de recursos financieros al excedente, y la economía se desacelera hasta llegar, en el límite, a la situación de estado estacionario en la que año tras año se produce la misma cantidad de bienes, hasta que aparezca una innovación que dé lugar a un nuevo proceso de inversión y crecimiento.

De nuevo, la creación de nuevos y mejores medios de producción requiere de la reorientación del medio de pago (porque necesita de la reasignación de los recursos reales) hacia actividades y procesos más eficientes. Los productos resultantes potencian la producción de bienes finales o mejoran la calidad de los ya existentes. Pero para que el proceso económico alcance su término o consumación –que es la mejora de la calidad de vida– esa oferta más abundante de bienes debe poder ser consumida. De tal forma, a medida que el requerimiento de nuevos bienes de producción va siendo satisfecho (pues este requerimiento está determinado de manera estricta por la cantidad de producto final que puede ser demandado) en la misma medida deja de ser necesaria la orientación de los recursos hacia la inversión. Pero en un grupo

en el que el ingreso no está idénticamente distribuido, el consumo agregado sólo puede aumentar si se incrementa el ingreso de los hogares que ocupan los estratos más bajos en la escala. Luego, cuando los procesos de inversión alcanzan su madurez es necesario producir un cambio en la distribución.

Como en el consumo alcanza la inversión su consumación y razón de ser, una economía que funcione adecuadamente debería lograr que los procesos de inversión no se interrumpan antes de tiempo por estrechez financiera (por ejemplo) y que, llegado el tiempo de los rendimientos económicos decrecientes, existan los mecanismos que orienten el ingreso hacia el circuito básico (vía aumento del precio relativo del trabajo sobre el capital), de modo que los hogares puedan comprar los bienes que más abundantemente el proceso de inversión logró producir. La función del excedente queda determinada por las necesidades objetivas del proceso. De aquí que Lonergan llame al excedente “dividendo social”. Cuando el proceso de inversión está en pleno auge y requiere de crecientes oleadas de ahorro, es preciso canalizar el ingreso hacia ese fin. Del otro lado, cuando los dividendos decrecen, deberían existir mecanismos que permitan comprender la raíz objetiva de esta situación, a fin de no confundirlos con el comienzo de una recesión que lleve a los productores a tomar la decisión de reducir su nivel de producción prevista para el ejercicio futuro (provocando así la recesión temida), sino de comprender que se trata tan sólo de una disminución de las rentas extraordinarias porque se acerca el momento de la cosecha, la fase del disfrute tras el esfuerzo realizado.

Nótese cómo en este planteo, el elemento rector del funcionamiento económico, o “variable independiente”, no es el dinero, sino la producción. En otras palabras, lo que orienta las decisiones económicas no es la economía monetaria –la dimensión nominal–, sino la economía real. Ella está sujeta a ciertos ciclos provocados por el hecho de que el proceso de aceleración de la producción requiere la orientación de recursos (ahorro) hacia la inversión y que ésta sólo tiene sentido para incrementar la producción de bienes por unidad de tiempo (aceleración). Y así como existe desde el punto de vista físico una resistencia creciente frente a toda aceleración,

lo mismo ocurre en economía. La aceleración en la producción de bienes choca con el límite que le impone la capacidad de demanda. El problema fundamental de la economía pasa entonces a ser cómo regular el flujo monetario entre los dos circuitos, siguiendo las necesidades de la producción.⁷

El sistema económico debe cumplir entonces un objetivo doble: por un lado, ante una innovación debe garantizar la afluencia de recursos monetarios de manera que los procesos de inversión, o incremento de la capacidad de aceleración de la economía, no se vean truncados o abortados por restricción financiera antes de alcanzar su máximo rendimiento; por otro, debe garantizar que, finalizado el proceso de inversión que absorbe los recursos sociales, su producto pueda ser consumido por los hogares y que éstos eleven su estándar de vida. Para ello debe incrementarse el consumo agregado o, lo que es lo mismo, disminuir el ahorro.

Ahora bien, para conocer en qué situación se encuentra la economía, deberíamos contar primero con una distinción contable clara entre los dos circuitos mencionados, básico y excedente. De tal forma, podríamos reconocer cuál de los dos circuitos se está acelerando y en qué fase del ciclo económico estamos.

Ciertamente, en nuestras economías este esquema puro parece no cumplirse. Las inversiones se suceden unas a otras y el momento de los rendimientos económicos decrecientes a nivel agregado no llega nunca. Frente a esta objeción debemos realizar dos anotaciones. En primer lugar, tal crítica vale para las inversiones que generan crecimiento de corto plazo, pero no para los procesos de transformación estructural de una economía, como cuando se da alguna revolución tecnológica. En segundo lugar, verdaderamente un proceso de innovación permanente daría lugar a que la demanda de ahorro agregado para la inversión también lo fuera. Sin embargo, este proceso no puede ser infinito, pues alguien debe consumir lo que se está produciendo más eficientemente. Entonces entran a jugar los mercados financieros. En la medida en que existan mecanismos que permitan acumular ahorros crecientes, el sistema no colapsará. Pero si la velocidad de generación de excedentes es superior a la capacidad de consumo (por ejemplo, porque se

mantienen deprimidos los salarios), el sistema deberá ajustar incrementando el consumo (mejorando la distribución del ingreso, con lo que se reducirá el ahorro y la economía se dirigirá hacia el estado estacionario), a menos que el pánico sea la guía y entonces el resultado sea la caída de la demanda agregada y del producto.

4. Síntesis del argumento

En suma, considero que existen problemas de diversa índole relativos a la medición en economía. Muchos de ellos son reales, pero algunos son simplemente resultado de preguntas mal formuladas. Una economía realista no se puede conformar con una epistemología de base idealista. En este sentido el trabajo comienza planteando la cuestión fundamental del problema del conocimiento, siguiendo con la evolución del método científico en la modernidad y el enaltecimiento de la matemática. Luego fueron distinguidos dos modos complementarios de investigación, estadístico y clásico, concluyendo que, vistas las preguntas que la fundamentación microeconómica de nuestra ciencia deja sin respuesta, todavía falta un marco que, desde un punto de vista superior, pueda reconocer algunas condiciones normativas para el buen funcionamiento de la economía. Por último, fueron presentados los aspectos fundamentales de la aproximación que B. Lonergan ha hecho a este problema, que nos ofrece un enfoque sistémico capaz de explicar cualquier tipo de sistema económico, pues parte no de una descripción del comportamiento psicológico supuesto de los individuos, sino de la interrelación entre funciones macroeconómicas. Como el nivel agregado determina el cauce por el cual deberán discurrir las decisiones microeconómicas, debemos sostener que, si bien la macroeconomía es un contexto emergente a partir de las acciones individuales, las relaciones sistemáticas que se producen entre las acciones microeconómicas sólo pueden ser captadas desde un punto de vista superior. Por tanto, el nivel fundamental o normativo en economía es el macroeconómico.

Finalmente, el enfoque es realista porque analiza las relaciones sistemáticas entre diversas funciones macroeconómicas, cuyas

definiciones no dependen de la subjetividad del investigador, sino que son objetivas, pues surgen de la vinculación de los términos entre sí.

Referencias Bibliográficas

- Anderson, B. y P. McShane (2003), *Beyond Establishment Economics. No Thank you, Mankiw*. Axial Press, Nova Scotia.
- Hoover, K. (2001), *The Methodology of Empirical Macroeconomics*, Cambridge UP, Cambridge.
- Kuznets, S. (1955), “Economic Growth and Income Inequality.” *American Economic Review* 45, n.1, Marzo, 1-28
- Loneragan, B. ([1957] ⁵1992), *Insight. A Study on Human Understanding*, F. Crowe y R. Doran (eds.), Univ. of Toronto Press, Toronto. CWL 3. Trad. cast. de F. Quijano, (1999) *Insight. Ensayo sobre el entendimiento humano*, Univ. Iberoamericana, México; Sígueme, Salamanca.
- Loneragan, B. ([1971] 1988), *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca.
- Loneragan, B. (1998), *For a New Political Economy*, P. McShane (ed.), Univ. of Toronto Press, Toronto. Collected Works of Loneragan 21.
- Loneragan, B. (1999), *Macroeconomic Dynamics: An Essay on Circulation Analysis*, F. Lawrence, P. Byrne y C. Helfling (eds.), Univ. of Toronto Press, Toronto, Collected Works of Loneragan 15.
- Lucas (1976), “Econometric Policy Evaluation: A Critique”, en K. Brunner y A. Meltzer (eds.), *The Philips Curve and Labor Markets*, Carnegie-Rochester Conference Series on Public Policy, v. 1, Spring. Amsterdam, North Holland, 19-46.
- McShane, P. (1998), *Economics for Everyone. Das Jus Kapital*, Axial Press, Nova Scotia.
- Menger, K. (1892), “On the origin of Money”, *The Economic Journal* Vol. 2, No. 6, Jun., 239-255.
- Robbins, L. ([1932] 1944), *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tversky, A. y D. Kahneman (1986), “Rational Choice and the Framing of Decisions”,

- The Journal of Business*, Vol. 59, No. 4, Part 2: The Behavioral Foundations of Economic Theory. (Oct.), pp. S251-S278.
- Sen, Amartya (1999). “Rational fools. A critique of the behavioural foundations of economic theory”, en *Choice, welfare and measurement*. Harvard UP, Cambridge, Massachussets.
- Stiglitz, J. y A. Weiss (1981), “Credit Rationing in Markets with Imperfect Information”, *American Economic Review* 71(3) 393-410, June.

¹ Vale aquí una aclaración. La teoría del conocimiento desarrollada por Loneragan no es sino la explicitación de las tareas que hacemos cuando conocemos. Por ello, la gnoseología no es algo que deba ser aprendido, sino algo que debe ser verificado por cada uno en el propio ejercicio de conocer. Se trata de comprender cómo conocemos. A esta duplicación del conocimiento (*knowing knowing*) Loneragan la denominó *autoapropiación*. De aquí que quien realiza este ejercicio pueda decir –junto con Loneragan– “mi interpretación” o “mi comprensión” de la gnoseología.

² Aún entre las leyes de tipo clásico es posible encontrar elementos o formulaciones propias del sentido común. Siguiendo con el ejemplo citado, la ley de la caída de los cuerpos supone el planeta Tierra y la gravedad, de modo que puede aún ser generalizada en un contexto relativista.

³ Es digno de señalar que Keynes, a pesar de haber realizado una enorme contribución a la macroeconomía, siguió atado a los comportamientos de los agentes, como cuando fundamenta la preferencia por la liquidez en una improbable “ley psicológica”. Por supuesto que la mentada “ley” es, a lo sumo, una regularidad observada en el contexto de la forma particular de emisión de dinero propia del sistema capitalista.

⁴ El sistema de cuentas nacionales clasifica los bienes según sus características objetivas. Desde la perspectiva funcional de Loneragan, en cambio, eso sería caer en el conceptualismo señalado en la primera sección. Las clasificaciones deberían responder al *uso* que se hace de los bienes, pues lo que importa es la función que cumplen desde el punto de vista macroeconómico (es decir, si son para ser consumidos o para producir más eficientemente otros bienes). Por ejemplo, la compra de un auto con el fin de trasladar pasajeros es un gasto perteneciente al circuito excedente, pues lo consumido por los hogares no será el auto, sino el servicio que brinda,

es decir, el viaje. Sólo correspondería al circuito básico la proporción en que dicho auto es utilizado por el propio dueño para su propia movilidad. Para profundizar, véase Lonergan (1998, 1999). No obstante, a partir de la matriz insumo-producto sería posible realizar alguna aproximación.

⁵ Téngase presente que la economía global es un sistema cerrado.

⁶ En una economía exportadora este efecto puede retrasarse, pues el ingreso de divisa externa es también un excedente que, en la medida en que financia la producción de bienes para exportación puede pasar sólo de manera muy parcial al circuito básico (el “derrame” de la economía neoclásica), de

modo que el estándar de vida de la población no mejore ostensiblemente en el mediano plazo.

⁷ Ciertamente, no queda definido en este esquema lo que sean las “necesidades” de la producción. Ello llevaría a otra cuestión vinculada, como es la de las necesidades humanas. El sistema actual no se plantea el problema, sino que deja la decisión acerca de qué producir en manos del mercado. Pero el “mercado” no es un sujeto de decisión, sino la resultante de las pujas de poder existentes en una sociedad. De tal forma, el menoscabo de esta cuestión esencial de la economía (aunque revestido de neutralidad valorativa “metodológica”) implica convalidar el (des)equilibrio de poder vigente.